

El estudio de América Latina frente al positivismo y al posmodernismo

Por *Juime OSORIO**

¿EXISTI AMÉRICA LATINA?, ¿de qué manera existe? Las preguntas anteriores pueden parecer ociosas, por su aparente obviedad. En este trabajo pretendo mostrar que no lo son y que están cargadas de sentido. En lo que sigue pondremos particular atención a dos enfoques con un peso significativo en el quehacer de las ciencias sociales en la actualidad: me refiero al positivismo y al posmodernismo y a las consecuencias que de sus posiciones se derivan para el estudio de América Latina. En un adelanto de lo que desarrollaremos en este trabajo, diremos que ambas posiciones terminan por desintegrar a América Latina como problema teórico, tanto por la mistificación fragmentaria que propicia el posmodernismo como por el atomismo social y el empirismo que subyace en los fundamentos del positivismo.

Este material se dirige a todos aquellos interesados en los asuntos de la región que —dada la ausencia de formación filosófica en la mayoría de las carreras y posgrados en ciencias sociales— terminan planteándose temas y problemas de investigación sin los mínimos interrogantes sobre los supuestos filosóficos y epistémicos que en ellos subyacen y terminan en derroteros en donde la moda o el “cientificismo” se imponen al rigor que debe prevalecer en la academia. Vale indicar que privilegiaremos una lectura accesible pero no por ello menos rigurosa en el tratamiento de los temas abordados. Para quien desee profundizar en la mirada filosófica incluiremos al final del artículo una mínima bibliografía además de la citada en el trabajo mismo.

1 La difícil construcción de un problema teórico

LA reflexión sobre América Latina no ha sido ajena a las readecuaciones teóricas y filosóficas que atraviesan las ciencias sociales en las últimas décadas. De manera general puede señalarse que en un periodo que arranca de las últimas tres décadas del siglo XX se ha producido un

* Profesor-investigador en el Departamento de Relaciones Sociales de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, y profesor en el Colegio de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, e-mail <josorio@correo.xoc.uam.mx>.

marcado predominio, en las investigaciones y en los programas de estudio, del positivismo¹ y del posmodernismo.² Ambos, y por razones diferentes, presentan como rasgo común un escaso interés por la *producción propiamente teórica* y un rechazo a reflexiones holísticas, generalmente acusadas de “esencialismo”, “fundamentalismo” y algunos “otros delitos”, al decir de Žižek,³ lo que ha propiciado una forma particular de aproximación al estudio de América Latina.

El peso de cada uno de estos enfoques presenta diferencias al interior de las disciplinas que conforman las ciencias sociales, siendo mayor el positivismo en la economía y en la ciencia política y, en menor medida, en la sociología. En tanto el posmodernismo⁴ ha ganado significativo espacio en la sociología, la antropología social y en el campo de los llamados estudios culturales.

Preguntarse si América Latina existe no deja de ser una pérdida de tiempo para quienes razonan desde el positivismo. Es tan evidente su presencia como la piedra con la que acaban de tropezarse. América Latina se les presenta como un objeto dado, preexistente a cualquier pregunta. Si alguien lo duda, allí están los mapas para confirmarlo, con los contornos de la subregión, los países que la conforman, los accidentes geográficos que la recorren. También están sus pueblos y sus culturas. Pero si todavía hicieran falta certezas, tenemos las varias cifras que nos hablan de su Producto Interno Bruto, número de habitantes, tasas de mortalidad y de natalidad y un sinfín de datos económicos

¹ El positivismo es una concepción filosófica “que trata de atenerse a lo positivo, a la experiencia, a los hechos, a lo dado por los sentidos y no a lo negativo, a lo meramente razonado o a lo producido o especulado por la pura razón”, en Jacobo Muñoz y Julián Velarde, eds., *Compendio de epistemología*, Madrid, Trotta, 2002, p. 456.

² El posmodernismo, en tanto corriente filosófica, considera agotadas las formulaciones filosóficas de la modernidad, tales como la confianza en la ciencia y en la razón como medios para conocer y apropiarse de la naturaleza y organizar la vida social, en la historia como un proceso continuo tendiente al progreso y en el sujeto como encarnación de metas trascendentales. En general, la crítica del posmodernismo a esa filosofía se sintetiza en la declaración del fin de los grandes relatos (progresistas y/o emancipatorios).

³ Slavoj Žižek. “Multiculturalismo, o la lógica cultural del capitalismo multinacional”, en Fredric Jameson y Slavoj Žižek, *Estudios culturales: reflexiones sobre el multiculturalismo*, Buenos Aires, Paidós, 2005.

⁴ En el posmodernismo existe una vertiente “deconstruccionista” y “textualista”, derivada de la vulgarización de los planteamientos de Jacques Derrida, vulgarización que se difunde particularmente desde su lectura en Estados Unidos y su traslado a América Latina principalmente por la vía de los estudios culturales. Ello no implica desconocer que en los escritos del propio autor argelino-francés se hacen presentes planteamientos en donde abreva el posmodernismo. Es frecuente, por ello, que se ubique a Derrida entre los autores “que han insistido en la necesidad de salir de la tradición filosófica moderna”, por lo que sus posiciones “resultan afines a la sensibilidad posmoderna”, Nicola Abbagnano, *Diccionario de filosofía*, 4ª ed., México, FCE, 2004, p. 839.

y sociales que nos muestran que América Latina existe. La tarea en la investigación, por tanto, es simplemente observar cómo ella es, para lo cual es necesario afinar los instrumentos, construir nuevos mapas, nuevos censos u otros agrupamientos estadísticos.

Desde este horizonte se pueden establecer conclusiones, por ejemplo, que crecemos menos que otras regiones, u otras, y desde allí derivar preguntas: ¿por qué crecemos menos?, ¿por qué la democracia es tan frágil y precaria?, ¿por qué el crecimiento no deviene en desarrollo? Por lo general, éstas y otras preguntas tenderán a encontrar respuesta desde el positivismo en modelos (de desarrollo, de democracia, de fortaleza institucional, de innovación tecnológica). La historia de viejos países del mundo desarrollado será el camino a seguir, con sus etapas y tareas a realizar. Pero pueden aparecer otros, más actuales, como los “tigres” del sudeste asiático, y más recientemente China. Allí se hicieron tales y cuales cosas y de una manera que en América Latina no se ha hecho o se ha hecho mal. *Ergo*, los problemas a resolver remiten a un asunto meramente práctico-instrumental porque la *meta* y el *camino* ya están definidos. Habrá que hacer determinadas reformas o transformaciones. Poco importa, por ejemplo, que en la historia reciente de la región contemos por lo menos con dos o tres décadas en donde se han realizado diversas reformas. Como no se logran los resultados esperados (¡torpe realidad que no termina de aprender la teoría o el modelo!), siempre habrá nuevas reformas y nuevas transformaciones institucionales que realizar. Siempre habrá un nuevo modelo que seguir o imitar.

Estudios de este tipo por lo general terminan en una lista de tareas que debieran llevarse a cabo, por ejemplo, para alcanzar el desarrollo, en el entendido de que mientras más larga sea esa lista, más serio se supone el trabajo: conseguir que la economía ofrezca mejores empleos, elevar los salarios, gestar una clase empresarial schumpeterianamente emprendedora, generar industrias que protejan el medio ambiente, invertir más en innovación tecnológica, mejorar la calidad en la educación, elevar la cultura política, equilibrar crecimiento con equidad, integrarnos a las nuevas cadenas productivas, formar parte de la nueva economía del conocimiento y la información etc. La lista puede ser interminable.

No deja de ser curioso: *estos “estudios” terminan exactamente en donde debiera comenzar la investigación*, esto es, preguntándose por qué no tenemos mejores empleos, ni empresarios que paguen mejores salarios; por qué, cuando se produce crecimiento, éste no conlleva mayor equidad; cuáles son las trabas para un mayor desarro-

llo tecnológico etc.; y, sobre todo, *cuál es la explicación para que las cosas sean así y no de otro modo*, y no simplemente tomar nota de que las cosas suceden de otra forma y de allí derivar que nuestra región también podría hacerlo igual. En pocas palabras, tras las innumerables cifras y recomendaciones se elude enfrentar el problema cargado de historicidad y de teorización del porqué los asuntos funcionan en esta parte del mundo de una determinada manera y no de otra (o como desearíamos).

Más allá de la inmediatez empírica de una región dibujada en un mapa o del cúmulo de estadísticas en compendios, *América Latina sólo existe como problema en tanto construcción gestada a partir de ciertos interrogantes que sobre esta región nos formulamos*. Por ejemplo, ¿por qué somos subdesarrollados?, ¿somos periferia?, ¿por qué?, ¿qué nos constituye en una economía dependiente?, ¿qué consecuencias internas propician estos procesos?, ¿por qué participamos de determinadas maneras en la división internacional del trabajo?, ¿cuáles son esas maneras?, ¿por qué la democracia es breve y frágil en la historia regional?, ¿es cierto que el Estado-nación aún no termina de constituirse en algunas sociedades?, ¿es posible que podamos funcionar de maneras semejantes a como funcionan otras regiones?, ¿existe alguna lógica que estructure y dé sentido a los movimientos de la economía, de la política, de la cultura regional? Planteamos este tipo de preguntas *implica abandonar el supuesto de la región como un objeto dado* y, por el contrario, *asumirla como un asunto problemático*, que reclama preguntas y respuestas hipotéticas, que deberán ser abordadas en el trabajo de investigación.

No es un asunto menor señalar que *la formulación de interrogantes* como los anteriores u otros *supone el conocimiento de teorías*. ¿Cómo podría emerger la pregunta de si somos o no periferia, si desconocemos las nociones de un sistema mundial capitalista y el papel diferenciado de las regiones en dicho sistema en materia de acumulación-desacumulación de valor, lo que lleva a hablar de centros y periferias? ¿Cómo podríamos hablar de procesos si no contamos con alguna teoría que nos indique tendencias, sentidos, orientaciones? Estas teorías funcionan como cartografías:⁵ nos ofrecen puntos de referencia para orientarnos en nuestros movimientos de investigación.

Se podrá indicar que éstos son juicios *a priori*, enunciados que hay que abandonar para hacer investigación. Cabría señalar que no hay

⁵ Véase, por ejemplo, Jaime Osorio, "Una cartografía para redescubrir América Latina", *Nueva Sociedad* (Caracas), núm. 196 (marzo-abril del 2005), pp. 30-47.

forma alguna de abandonarlos y que el problema es más bien hacerlos explícitos, no ocultarlos o creer que los podemos hacer desaparecer, como lo supone el positivismo: su propia idea de que el objeto de investigación preexiste, con independencia del sujeto que conoce y que interroga, constituye un *a priori* que atraviesa todas las dimensiones de su propuesta en torno a qué y cómo conocer.

Desde aquí podemos comprender el desprecio teórico (y filosófico) que actualmente campea en los cubículos y aulas universitarias, alentado en este caso por el positivismo. ¿Para qué perder tiempo en especulaciones teóricas o filosóficas, cuando de lo que se trata es de "ir a la realidad", ya constituida, ya preexistente? Pero ni las sofisticaciones estadísticas y modeladoras, ni la acumulación de datos sin ton ni son, tan caros al positivismo, resuelven las insuficiencias en materia teórica.⁶ Olvidan que las estadísticas no hablan por sí solas. Más aún, que siempre serán necesarias teorías, no sólo para formular preguntas, sino para *construir* información⁷ así como para analizarla.

2. La desconstrucción de América Latina

EL empirismo positivista, con sus pseudorropajes de cientificidad, no logra ocultar su pobreza teórica y el desarme que propicia para estudiar América Latina y los problemas que cruzan la región. Desde otro extremo, sin reclamar cientificidad, más bien discutiendo su pertinencia, el posmodernismo termina operando en igual dirección.

Lyotard fue el encargado de proclamar el fin de los grandes relatos y de toda formulación teórica que buscara una explicación general, omniabarcante, de la historia, de la modernidad (y del capitalismo).⁸ En el señalamiento posmoderno había justificadas razones en su crítica al planteamiento iluminista de las ciencias y de la razón instrumental que las orientaba, aunque ello se dio sin discriminación alguna, lo que supo-

⁶ Evitemos equívocos. La crítica no se dirige al uso de estadísticas ni de las matemáticas o de modelos matemáticos, sino a la creencia positivista de que estos recursos resuelven la ausencia de teorización y constituyen la garantía de cientificidad, lo que lleva a su reificación. Bajo esta lógica, los egresados de economía, por ejemplo, terminan siendo más "ingenieros" (comerciales, como son llamados en Chile) que economistas.

⁷ Definir la pobreza y la miseria, por ejemplo, constituye actualmente un campo de fuertes discusiones teóricas, no sólo estadísticas, para señalar las fronteras en donde comienzan una y otra. Lo mismo podría señalarse respecto de los indicadores de democratización. Cualquier indicador estará atravesado por una teoría, sea de la pobreza, sea de la democracia o sobre cualquier otro tema, y no es de extrañar que existan muchas y controvertidas posiciones.

⁸ Jean-François Lyotard, *La condición posmoderna*, Madrid, Cátedra, 1994

nía dar una vuelta a la página en las ciencias y reiniciar un nuevo quehacer desde cero. Pero, más allá de esta pretensión fundante, son sus propuestas para hacer frente a los males señalados las que consideramos problemáticas.

La crítica a los grandes relatos significaba en los hechos reclamar la centralidad de un nuevo metarrelato,⁹ aquel que declara “[al] pequeño relato [...] como la forma por excelencia que toma la invención imaginativa, y, desde luego, la ciencia”.¹⁰ Lo que se ponía en cuestión no era sólo la idea de un progreso en el devenir de la historia (señalada también desde otras vertientes): en el fondo fue la razón, en tanto capacidad de buscar la explicación del mundo (social), la que se puso en entredicho. Una nueva versión del irracionalismo *epistemológico* tomaba forma.¹¹

El reclamo al abandono de pretensiones teóricas generales, de toda perspectiva holística, dejó a América Latina como un sustantivo sin mayor contenido problemático, a lo más como el receptáculo de reflexiones fragmentarias. Lo singular y lo diverso pasaron a constituir el criterio de demarcación de los objetos de investigación. Con ello América Latina tendió a ser diluida en una suerte de pedacería y de segmentos provenientes de todos los campos disciplinarios y de los estudios culturales.

El manifiesto posmoderno encontró seguidores en un campo mucho más amplio que aquellos que se reconocen filosóficamente con este enfoque. De manera gradual, temas relevados por el posmodernismo y olvidados o relegados con anterioridad, como el de las identidades, el multiculturalismo, la pluralidad de movimientos sociales etc., así como diversas nuevas categorías (entre las más socorridas, desconstrucción, textualidad, juegos de lenguaje etc.) se fueron convirtiendo en vocabulario común en la academia. En una franja más

⁹ El propio Lyotard lo señala: “Los grandes relatos se han tomado poco viables. Estamos tentados de creer, pues, que *hay un gran relato* de la declinación de los grandes relatos”, en *La posmodernidad*, Barcelona, Gedisa, 1999, p. 40. Las cursivas son mías.

¹⁰ Lyotard, *La condición posmoderna* [n. 8], p. 109.

¹¹ Entre las posturas irracionistas radicales “podríamos citar a los sofistas. Entre ellos se generalizan y extienden, como actitudes intelectuales, tanto el *relativismo* (no hay verdad absoluta) como el *escepticismo* (si hay verdad absoluta, es imposible conocerla)” en Muñoz y Velarde, eds., *Compendio de epistemología* [n. 1], p. 365. Allí se establece la distinción entre el irracionalismo *epistemológico*, que postula que “la razón no puede conocer lo real (o sólo en parte)”, por lo que “a lo real se accede por vía de otros conocimientos”, diferentes a los de la razón, como la intuición o el corazón, posición en donde se ubicaría el posmodernismo del irracionalismo *metafísico*, que señala “el carácter absurdo e insensato de la realidad”, *ibid.*, pp. 365-367

restringida, sus planteamientos filosóficos y los del desconstruccionismo derridiano pasaron a fundamentar posiciones consistentes.

3. *El malestar con la totalidad*

UNA de las derivaciones del reclamo posmoderno al fin de los grandes relatos es su rechazo al postulado de la totalidad, generalmente asociado al totalitarismo, visión con la que comparte posiciones con el positivismo. ¿Qué significa aprehender la realidad como totalidad? De manera breve, dar cuenta del proceso de articulación y estructuración de la vida social, de lo que organiza y jerarquiza y que termina otorgándole sentido a esa vida social en alguna temporalidad específica. En nuestro tiempo, la lógica del capital y su afán de valorización que marcan de manera indeleble las relaciones humanas y el mundo institucional que las acompaña.

Desde esta perspectiva *la totalidad es mucho más que la suma de los componentes que se integran en ese proceso*, porque supone la superación, en términos hegelianos, un algo más que otorga sentido a los elementos simples, algo más que la pura adición de los componentes considerados en sí mismos, los cuales, en un mismo movimiento, son desconocidos (o negados), reconocidos y retomados. Por ejemplo, decir que América Latina es una región periférica implica señalar una característica que no emana de desentrañar los elementos simples que la componen (naciones, subregiones etc.), sino que constituye una síntesis que define en otro estadio la existencia o un modo de ser de toda la región.

Esta síntesis resuelve en un nuevo nivel el sentido de la unidad total, en donde se integran, niegan y recuperan los elementos que la componen. Pero ello no rechaza la diferencia (Brasil no es El Salvador, ni São Paulo es Río de Janeiro) y más bien reclama conocer la forma particular en que cada una de las subregiones, naciones y localidades existe y es.

El conocimiento de todas y cada una de las partes, en su singularidad, será superior si se pasa al terreno de las relaciones en que ellas se integran y articulan. La propuesta posmoderna, al privilegiar la singularidad, nos deja epistémicamente en el primer momento y, ante su rechazo a la síntesis holística, abandona el segundo, allí en donde los elementos simples alcanzan sentido en su relacionalidad, única forma en que la realidad y los elementos que la conforman existen.

La mistificación posmodernista de los fragmentos, expresada en la forma en que aborda la diversidad cultural, la segmentación y disloca-

ción del poder, o las identidades fragmentadas, nos deja en el terreno de la fetichización de la ausencia de relaciones en un mundo capitalista que opera, por el contrario, como totalidad, fuertemente articulado y centralizado, sea en materia de poder político; de poder económico férreamente articulado por el capital financiero global; de poder ideológico-cultural (bajo el mando alcanzado por la industria cultural, medios de comunicación, redes informáticas etc.), pero que se presenta descentrado, desterritorializado y segmentado.¹² Dicho de manera rápida, nunca la centralidad (política, económica, cultural) del capitalismo reclamó de tanta descentralización como en los actuales tiempos de mundialización.

El rechazo posmoderno a la totalidad no es ajeno, ya no en sus premisas sino en sus consecuencias, al planteamiento del positivismo, el cual también se encuentra imposibilitado de asumir a América Latina como una totalidad. Ello responde a los fundamentos del individualismo metodológico que lo alimenta, los que señalan que los colectivos (sean Estados, naciones, sociedades, clases sociales, regiones o sistema mundial) “no actúan, no tienen intereses; los colectivos no tienen planes, aunque podamos decir (por razones de sencillez) que los colectivos actúan, tienen intereses, tienen planes etc. Quien verdaderamente actúa, tiene intereses, planes etc., es el individuo”.¹³

Desde esta perspectiva, América Latina no es más que una convención (“por razones de sencillez”) de la suma de estadísticas económicas, sociales y políticas de naciones y de promedios y otras sofisticaciones a partir de dichas cifras.

4. *Entre lo general y lo particular*

LA crítica posmoderna a los grandes relatos también implica el rechazo, en ciertos aspectos justificados, a las pretensiones de teorías (y/o de sus divulgadores) que sólo contemplan leyes generales incapaces de explicar lo singular. Habría que decir, sin embargo, que no es la mejor solución al problema anterior asumir la postura que se encuentra

¹² Véase Eduardo Grüner, “El retorno de la teoría crítica de la cultura: una introducción alegórica a Jameson y Žižek”, en Jameson y Žižek, *Estudios culturales* [n. 3], p. 57. Quedamos en ese último nivel es permanecer en lo inmediato, sin capacidad de indagar por lo velado u oculto, aquello que articula y relaciona.

¹³ Pedro Schwartz, Carlos Rodríguez Braun y Fernando Méndez, comps., *Encuentro con Karl Popper*, Madrid, Alianza, 1993, p. 29. Las críticas de Popper al holismo y mayores fundamentaciones al individualismo metodológico se encuentran en *La miseria del historicismo*, Madrid, Alianza/Taurus, 1973, y *La sociedad abierta y sus enemigos*, Madrid, Paidós, 1981.

en el otro extremo, reificando lo singular y lo particular. Esto nos remite a los viejos debates de fines del siglo XIX en Alemania en torno al método, en donde se señalaba que lo específico de las ciencias era su capacidad de establecer leyes generales (ciencias nomotéticas), frente a quienes indicaban, por el contrario, la comprensión de lo particular (ciencias ideográficas) como la especificidad de las ciencias humanas. Esta dicotomía hoy se presenta como una falsa disyuntiva. Explicar lo general no tiene por qué estar reñido con la comprensión de lo particular. Más aún, es en lo general en donde lo particular alcanza toda su significación. Pero también es en lo particular en donde lo general alcanza significación. Los movimientos indígenas y campesinos que se han alzado en Chiapas o en Bolivia, por ejemplo, se encuentran imbricados en un sinnúmero de redes, tejidos sociales, relaciones y procesos que si se desconocen nos dejan mal parados a la hora de querer explicar su situación y conducta social. Pero, a su vez, las relaciones capitalistas (generales) que atraviesan esos tejidos alcanzan sentido comprendiendo la singularidad del mundo social en Chiapas o Bolivia. En pocas palabras, el capitalismo es uno, pero no es el mismo en cualquier lugar.

América Latina no es una región en donde simplemente se aplican o se desenvuelven tendencias generales, sea de la globalización, sea del capitalismo como sistema mundial. Si algo buscaron resolver los teóricos del subdesarrollo y de la dependencia, por ejemplo, fue una propuesta de interpretación que diera cuenta, dentro de tendencias generales del capitalismo, de la particularidad de la región. De allí es que emergieron con fuerza las ideas de un capitalismo *periférico*, o de un capitalismo *dependiente*, esto es, de un capitalismo particular, adjetivado, tras señalar lógicas de reproducción diferentes a las que presenta el capitalismo en otras regiones (centros) o el capitalismo sin más.¹⁴ Pero cabe no olvidar que dentro del capitalismo periférico o dependiente no es lo mismo Guatemala que Argentina o El Salvador que Brasil. La particularidad sigue siendo un requisito para entender y enriquecer la tendencia general.

¹⁴ Tras argumentos tan simples como la presencia de focos de pobreza en Nueva York o París y la de enclaves de riqueza en Hong Kong o Manila, Michael Hardt y Antonio Negri refutan la pertinencia de seguir hablando de periferias y centros, en *Imperio*, Buenos Aires, Paidós, 2002. En el capítulo VI del libro *El Estado en el centro de la mundialización: la sociedad civil y el asunto del poder* (México, FCE, 2005) realizo una crítica a tal posición.

5. De los tiempos: teorías desde la derrota

No es un asunto cualquiera que el auge del positivismo y del posmodernismo, hecho que puede ubicarse desde fines de los años sesenta del siglo xx, sea coincidente con los tiempos de inicio y avance del proyecto reestructurador de la economía y de la política a nivel mundial, de la mano del gran capital internacional, proceso conocido vulgarmente como globalización. No pretendo establecer un tipo de relación causa-efecto en ninguna dirección. Pero tampoco creo que sea irrelevante señalar por lo menos la simultaneidad de estos dos procesos, uno en el campo teórico-filosófico y otro en el campo de la organización societal a nivel mundial, nacional y local.

Tras afirmaciones como que “el gran relato ha perdido su credibilidad, sea cual sea el modo de unificación que se le haya asignado: relato especulativo, relato de emancipación”,¹⁵ Lyotard ubica al posmodernismo por lo menos en una posición escéptica frente a los planteamientos que hablan de cambio y de transformación social. Por ello Bensaïd señala que “el rechazo posmoderno de los grandes relatos no implica solamente una crítica legítima a las ilusiones del progreso asociadas al despotismo de la razón instrumental. Significa también una deconstrucción de la historicidad y un culto a lo inmediato, lo efímero, lo descartable, donde proyectos de mediano plazo no tienen más cabida”.¹⁶

El desencanto político en un amplio campo intelectual marxista, luego de la invasión soviética que puso fin a la Primavera de Praga, en Checoslovaquia, y particularmente el fracaso tras las revueltas del mayo francés de 1968, tuvieron consecuencias teóricas y políticas que acentuaron la disconformidad con el socialismo realmente existente y el escepticismo frente a la idea de la revolución, propiciando nuevas formas de pensar que tendrán correlatos en la gestación del planteamiento de los llamados “nuevos filósofos” y del posmodernismo.¹⁷

¹⁵ Lyotard, *La condición posmoderna* [n. 8], p. 73.

¹⁶ Daniel Bensaïd, “Teoremas de la resistencia a los tiempos que corren”, *Memoria* (México), núm. 190 (diciembre del 2004), p. 34. Bensaïd define al “mediano plazo” como el tiempo político por excelencia. Por ello agrega que “en la conjunción de los tiempos sociales desajustados, la temporalidad política es precisamente la del mediano plazo, entre el instante fugitivo y la eternidad inalcanzable”.

¹⁷ Alex Callinicos, refiriéndose particularmente a Francia, señala que “la odisea política de la generación de 1968 es crucial para entender la difundida aceptación de la idea de una época posmoderna en los años ochenta. Es ésta la década en que los radicales de los años sesenta y setenta [...] habían perdido toda esperanza en el triunfo de la revolución socialista y a menudo habían dejado de creer incluso que una revolución semejante fuese deseable”, *Contra el posmodernismo*, Bogotá, El Áncora, 1998, p. 316.

Procesos en igual dirección tienden a producirse en América Latina. Luego de la gran ebullición y prolífica producción teórica que siguió al triunfo de la Revolución Cubana y que se prolonga hasta el fin del gobierno de Salvador Allende en Chile (1973), la violenta contrarrevolución desatada inicialmente en el Cono Sur bajo la forma principal de golpes militares, da inicio a un periodo de reflujo teórico que sólo comenzará a revertirse hacia fines de los años ochenta. Pero tanto en las organizaciones políticas como en el campo intelectual se había producido un giro nada insignificante: de un contexto en el que predominaba la idea de que el cambio societal y la revolución eran posibles, se pasa a otro en que ahora se reclama el realismo político, que no es más que la asunción de que no hay cambio factible y que sólo queda convivir con un orden social que alguna vez se creyó superar.

En su clásico estudio sobre las revoluciones científicas Thomas S. Kuhn señala que en éstas, si bien emergen nuevas respuestas a viejos o nuevos problemas, también se producen pérdidas en materia de conocimientos ya alcanzados.¹⁸ En relación con los efectos de los giros teóricos de las últimas tres o cuatro décadas y sus implicaciones sobre América Latina, no creo que el balance sea muy alentador. Es posible y necesario señalar los errores cometidos en los estudios realizados entre los años cincuenta y setenta para explicar las particularidades de América Latina, de dónde emergieron las nociones centro-periferia, deterioro en los términos de intercambio, intercambio desigual, colonialismo interno, articulación de modos de producción, dependencia, desarrollo del subdesarrollo, superexplotación del trabajo y otras, particularmente de la mano de Raúl Prebisch, Andre Gunder Frank, Pablo González Casanova, Agustín Cueva, Theotonio dos Santos, Vania Bambirra y Ruy Mauro Marini. Pero también es pertinente señalar que sus trabajos no tienen equivalentes frente a la producción posterior en la región.

Actualmente se ha ganado en destacar la relevancia de un sinnúmero de temas, sujetos y fenómenos que en aquellos años no fueron vistos o que simplemente se desecharon. Pero esta riqueza numérica y temática (aunque con la pérdida de atención a temas duros como, por ejemplo, en cuestión de política: el poder, el Estado, el cambio social), termina por no encontrar referentes teóricos que les den significación y que permitan ubicarlos en un marco interpretativo general. La riqueza

¹⁸ "En las revoluciones científicas hay tanto pérdidas como ganancias y los científicos tienen una tendencia peculiar a no ver las primeras", Thomas S. Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas*, México, fce, 1991, pp. 257-258.

descriptiva y hermenéutica se ha hecho alentando la pobreza explicativa. Así la pedacería se ha multiplicado, pero sin que esa multiplicación nos permita entender mejor.¹⁹

Desde el campo teórico, uno de los factores que opera en esta situación es que de aquellos autores y sus teorías no sólo se abandonaron sus respuestas, sino también las preguntas que formularon. Pero cabría insistir: ¿tiene significación la condición capitalista y la condición periférica o dependiente para abordar explicaciones que den sentido al modo de ser y de reproducirse de la región?; ¿tienen significación las transferencias de valor de la periferia al centro y las interrelaciones que establece el capital local con el transnacional, para comprender la condición de dependencia y de subdesarrollo?; ¿tiene significación la superexplotación del trabajo como una de las claves del ser dependientes?; ¿qué tiene que ver la desintegración que propicia la economía con las dificultades de articular Estados integrados por la vía de amplios y estables consensos sociales?; ¿la fragilidad de la democracia estará referida a deficiencias en materia de cultura política o bien a factores más estructurales como los antes señalados?

Cualquiera que sea la valoración de los procesos políticos que atraviesan aquella reflexión en América Latina, lo cierto es que las nuevas reflexiones florecen desde la derrota, luego de violentos procesos de disciplinamiento societal, que alcanzaron, como no, también a la academia. En este nuevo contexto, que establece un cierto clima de época, asistimos a un acelerado cambio en los referentes teóricos, con la presencia de muchos más interlocutores que los aquí considerados y con perspectivas políticas diversas. La emergencia de nuevos temas, muchos de ellos de relevancia, no pudo sustraerse al afán (político o simplemente a la moda) de reemplazar (o definitivamente abandonar) los viejos pero siempre vigentes problemas referidos a las clases, la explotación, la dominación capitalista. Así, del sistema mundial capitalista se pasa a hablar de la globalización; de economías centrales e imperialistas a una noción de imperio, sin centro, dislocado y desterritorializado; de las clases sociales a la sociedad civil y a un sinnúmero de nuevos y viejos sujetos (más propiamente “actores”); de

¹⁹ Žižek lo ejemplifica así: “la problemática del multiculturalismo que se impone hoy —la coexistencia híbrida de mundos culturalmente diversos— es el modo en que se manifiesta la problemática opuesta: la presencia masiva del capitalismo como sistema mundial universal [...] Hoy la teoría crítica —bajo el atuendo de “crítica cultural”— está ofreciendo el último servicio al desarrollo irrestricto del capitalismo al participar activamente en el esfuerzo ideológico de hacer invisible la presencia de éste”, en Jameson y Žižek, *Estudios culturales* (n. 3), pp. 175-176.

los debates sobre el poder y el Estado a los análisis de las transiciones y posteriormente a los estudios electorales; de la dominación, a la gobernabilidad; de la noción de estructura a lo contingente, a lo efímero, a un mundo social sin condensaciones, a lo sumo con redes. Del estudio de “una época [...] a través de sus manifestaciones —sus obras— y poner al descubierto las raíces sociales de esas formas simbólicas”²⁰ a un pastiche cultural considerado interdisciplinario, porque toma un poco de todo, en la “epistemología del *shopping*” (como quien llena un carrito de supermercado), con un énfasis en “la gracia social, el ritmo y los pasos que moldean la danza de la vida”.²¹ Desde las preguntas clásicas de la economía: qué se produce, cómo se produce, para quién se produce, se pasa a curvas de oferta y demanda y a la econometría con sus modelos y sofisticaciones estadísticas.

5. *Las ciencias sociales y la filosofía como discursos literarios*

TRAS su emergencia con un perfil crítico, el desconstruccionismo que nace en Francia arriba a la academia de Estados Unidos en los años ochenta y sienta sus reales en los departamentos de letras, dando vuelo a los cultural studies, alejados de la propuesta anglosajona sobre los estudios culturales recorrida por Raymond Williams, E. P. Thompson, Perry Anderson o Terry Eagleton, y proseguida por Fredric Jameson y Slavoj Žižek,²² que considera que la cultura no ajena un tiempo histórico y a la reproducción y contradicciones de la vida forma en social. que Importa destacar que ese paso marcará un giro en la forma en que es asumida la propuesta teórica de Derrida, “convirtiéndose [...] de una corriente filosófica en, básicamente, un método de análisis textual”.²³

Muy rápidamente el desconstruccionismo se extendió a diversos territorios de las ciencias sociales, al asumir sus vulgarizadores, con todas sus letras la afirmación derridiana de que “no hay [nada] fuera de [l] texto”,²⁴ dando la vida a lo que se ha calificado como “imperialismo

20 Carlos Altamirano, dir, *Términos críticos de la sociología de la cultura*, Buenos Aires, Paidós, 2002, p. xii. La cita indicarla la visión de Mannheim sobre los estudios culturales.

21 Entrevista a Néstor García Canclini, “De cómo Clifford Geertz y Pierre Bourdieu llegaron al exilio”, *Causas y aares* (Buenos Aires), núm. 7 (1998).

22 Y de que diversas maneras se hace cargo de los realizado por Gramsci, Lukács, Benjamin, Adorno, Sartre y Marcuse, entre otros.

23 Elías Palti, “Desconstruccionismo”, en Altamirano, dir., *Términos críticos de sociología de la cultura* [n. 20], p. 63.

24 Jacques Derrida, *De la gramatología*, México, Siglo XXI, 1986.

textual” o “pantextualismo”: los discursos científicos podían ser asumidos como un discurso más, sin referencia a nada ajeno a ellos mismos, ignorando “aquello que desborda al discurso [...] aquello que no puede ser reducido al ‘texto’, aunque dependa de él para hacerse *aparente*”.²⁵ En definitiva, desconocer la necesidad de una “una teoría que reconozca *alguna* diferencia entre lo real y el discurso”.²⁶

En la base de esta postulación se encuentra un planteamiento particular respecto de la relación entre discurso y realidad, que devalúa la significación de la realidad. El posmodernismo establece una distinción entre *independencia causal* —por ejemplo, las montañas existen con independencia de que “la gente tuviera en la mente la idea de montaña o en su lenguaje la palabra montaña, al fin que una de las verdades obvias acerca de las montañas es que estaban allí antes de que empezáramos a hablar de ellas”—²⁷ y *causación representacional*, en donde “no tiene objeto preguntar si existen realmente montañas o si es sólo que nos resulta conveniente hablar de montañas”, ya que “carece de objeto preguntar si la realidad es independiente de nuestro modo de hablar de ella”,²⁸ o de nuestras representaciones. Carece de objeto porque no tenemos otra forma de referirnos a la realidad más que con lenguajes y algún sistema de representación. Y como entre las palabras y las cosas no hay ningún “pegamento metafísico”, nada nos asegura que existe algo más allá de las palabras y las representaciones.²⁹

Lo anterior, al decir de Eagleton, constituye “un retorno al Wittgenstein del *Tractatus Logico-Philosophicus*, donde sostiene que dado que nuestro lenguaje nos ‘da’ el mundo, no puedo simultáneamente comentar su relación con él”.³⁰ Si no hay realidad ajena al lenguaje posible de conocer, la propia idea de verdad queda como un asunto no-epistémico, o bien, como un no-problema. Por ello Rorty señala que “si recojo lo que algunos filósofos han dicho sobre la verdad, es con la esperanza de desalentar el que se siga prestando atención a este tema más bien estéril”.

Una consecuencia de este proceso ha sido la literaturización del discurso en ciencias sociales, que al hacerse autorreferencial, sin las

²⁵ Grüner, “El retorno de la teoría crítica de la cultura una introducción alegórica a Jameson y Žižek” [n 12], p. 49

²⁶ *Ibid.*, p. 48

²⁷ Richard Rorty, *Verdad y progreso*, Barcelona, Paidós, 2000, p. 100

²⁸ *Ibid.*

²⁹ En esta lógica, siguiendo a Wittgenstein, Rorty se pregunta “¿has encontrado algún modo de meterte entre el lenguaje y su objeto?”, en *ibid.*, p. 124

³⁰ Terry Eagleton, *Las ilusiones del posmodernismo*, Buenos Aires, Paidós, 2004, p. 67

constricciones de un “algo” más allá del texto, ha propiciado el desdibujamiento de las fronteras entre literatura y ciencias y entre literatura y filosofía.³¹ En este contexto, ahora desde la lógica del posmodernismo desconstruccionista, la teoría pierde significación. Importa más la estética del discurso que la rigurosidad epistémica y conceptual, asuntos estos últimos que son asumidos como barreras a la libertad creativa. Considerada así, América Latina termina siendo primordialmente parte de un “juego de lenguaje”.

7. La devaluación de la filosofía

Los estudios sobre América Latina también se realizan en el contexto de viejos problemas —que atraviesan las ciencias sociales— renovados y reciclados por el auge de los enfoques positivista y posmoderno-desconstruccionista. Tal es lo que acontece respecto a la antigua y conflictiva relación entre ciencias sociales y filosofía.

Apoyándose en Wittgenstein, el posmodernismo niega “la posibilidad de un metadiscurso omnicompreensivo”; “su ruptura con la razón totalizante se presenta como un ‘adiós’ a las grandes narraciones —*les grands récits*— (emancipación de la humanidad, por ejemplo), por una parte, y al fundamentalismo por otra; el *grand récit* de la filosofía, la ciencia [...] ha dejado de ocupar el papel prioritario y ha dejado de ser el principio legitimador”.³² La resignificación del pequeño relato y de la fragmentación, despreciando toda búsqueda de explicaciones generales y de la noción filosófica de totalidad; el rechazo a las condensaciones estructurales y a la idea de continuidad (y con ello de proceso) en la historia, lleva a destacar sólo las contingencias y discontinuidades.³³ Éstos y otros posicionamientos, como los recién mencionados sobre realidad y verdad, la proclamada libertad epistemológica, el recurso literario por sobre la rigurosidad conceptual, establecen una forma particular de aproximación, análisis y com-

³¹ Una defensa de esta postura puede verse en Richard Rorty, *Ensayos sobre Heidegger y otros pensadores contemporáneos*, Barcelona, Paidós, 1993, pp. 125-182. No desconocemos que la filosofía puede hacer uso de recursos literarios y la literatura de recursos filosóficos. Allí está la producción de Jorge Luis Borges para ponerlo de manifiesto. Pero esto no supone desconocer las particularidades de cada quehacer. De esta manera queda claro que en *strictu sensu* Borges no es filósofo.

³² Muñoz y Velarde, eds., *Compendio de epistemología* [n. 1], p. 369

³³ Los posmodernos no terminan de entender que contingencia, discontinuidad, parte, etc., constituyen expresiones de una realidad que necesariamente contiene la otra dimensión que con esos términos aquéllos pretenden negar: necesidad, continuidad, totalidad, etc. La dialéctica permite asumir cada uno de estos aspectos como momentos de un análisis que reclama integrarse para mejor comprender y explicar

prensión de los fenómenos sociales y del estudio de América Latina en particular.

Desde el positivismo, por otra parte, éste sigue haciendo suya la visión que marcó el surgimiento de la economía neoclásica, y de la sociología a fines del siglo XIX, que sostenía que las ciencias debían desmarcarse de los razonamientos filosóficos para llegar a ser tales, ya que aquéllos cargan con supuestos metafísicos que de recuperarse nos regresarían a periodos precientíficos, allí en donde la especulación sentaba sus reales. El positivismo nunca ha comprendido que toda la ciencia —y con ello las ciencias sociales— se funda sobre la base de principios filosóficos, sea para definir qué es la realidad, sea para establecer criterios (un método, un camino) relativos a cómo conocerla. Así, por ejemplo, ciertas variantes de la economía neoclásica y del liberalismo político construyen sus teorías sobre la base de suponer una determinada naturaleza humana, egoísta, racional, posesiva, concluyendo que las acciones de los hombres, al operar en cualquiera de esas lógicas, terminarán propiciando efectos positivos para la sociedad. Esta propuesta se contrapone a quienes postulan que la conducta social obedece a condiciones históricas, lo que niega la existencia abstracta y ahistórica de cualquier naturaleza humana.

Hemos señalado ya que existen teorías que asumen como punto de partida para su construcción al individuo, en tanto unidad empírica que razona, actúa y decide, dando vida al individualismo metodológico, planteamiento que está en la base de la economía neoclásica, del *rational choice* y de la teoría weberiana de la acción, para mencionar algunos cuerpoteóricos de significación. Frente a ellas se encuentran otras formulaciones que suponen a la sociedad como un sistema de relaciones y que señalan que es desentrañándolo como puede hacerse inteligible la acción individual y colectiva. En todo esto hay implícitos filosóficos que de hacerse manifiestos y de discutirse de manera abierta harían más comprensible los problemas y horizontes de visibilidad de las diversas teorías y paradigmas y que desdican la tajante separación entre ciencia y filosofía.

Desde esta perspectiva, no es un problema menor la ausencia de cursos de filosofía y en particular de epistemología en los programas de estudio de las carreras de ciencias sociales, tanto a nivel de licenciatura como de posgrado. Conocer los fundamentos filosóficos de las teorías permite poner al descubierto los supuestos sobre los cuales éstas se construyen y nos otorgan mejores bases para comprender el horizonte de visibilidad que nos ofrecen, tanto en lo que privilegian e

iluminan como problemas centrales, así como sobre los puntos ciegos que tienden a presentar.

8. *América Latina como suma de visiones disciplinarias*

AMÉRICA LATINA es un objeto de investigación complejo. Desde todas las ciencias sociales y desde los estudios culturales se formulan temas de estudio sobre la región. Ello podría suponer una ventaja en materia de conocimiento. Sumemos lo que cada disciplina nos dice y así, además, ya estaríamos en la interdisciplina, categoría que parece convocar todo tipo de consensos y bondades. Sin embargo este procedimiento presenta varios problemas. Las visiones disciplinarias, al parcelar la realidad societal y contar con cuerpos teóricos y conceptuales autorreferidos —esto es, que no permiten un tránsito fluido y expedito a los conceptos y categorías de otras disciplinas—, impiden o dificultan los supuestos agregamientos que una tal visión supone. Lo más seguro es que América Latina se nos escapará de las manos y a lo sumo habremos logrado construir un lienzo, mayor o menor, hecho de pedazos bien o mal cosidos. Pero las preguntas que nos remiten al ¿qué es América Latina? seguirán rondando sin respuestas.

Para que el agregamiento disciplinario pueda alcanzar respuestas que permitan integrarse parece necesaria una doble condición: la primera, que desde cualquier disciplina social es necesario partir de ciertos ejes problemáticos que articulen preguntas. Por ejemplo, podríamos interrogarnos: ¿cuál fue y cuál es el papel de América Latina en el desarrollo del sistema mundial capitalista?, y ¿cuáles fueron y cuáles son las consecuencias *internas* que tal situación generó y genera en todo tipo de preocupaciones disciplinarias?

La segunda condición es que esos ejes problemáticos se construyan a partir de posicionamientos teóricos y filosóficos compatibles. No es posible empatar provechosamente formulaciones que tienen raíces en el individualismo metodológico, con otras que emergen desde visiones holísticas.

A modo de conclusión

PONER de manifiesto asuntos como los aquí abordados no significa un rechazo a todo lo que determinada escuela produce. Tampoco significa desconocer su legítimo papel y su lugar en el mundo de las ideas en el campo académico. Porque este tipo de ejercicios debiera hacerse

con todas las corrientes teóricas y filosóficas. Ninguna debiera estar excluida del juicio de la razón. Pero asistimos a un clima académico de época en donde prevalece el “todo se vale”, que bajo un aparente manto de respeto y tolerancia a lo diverso, constituye en realidad la intolerancia por la vía del desconocimiento o por la de la indiferencia. Con ello perdemos todos.

Es posible hacer de la academia lo que le es más inherente y consustancial a su vocación racional: debatir ideas, propiciar la discusión, atreverse a abrir las puertas de lo disciplinario, abrir las teorías para conocer y discutir sus fundamentos. Todo ello hará posible sentar las bases para el necesario retomar o reestructurar los estudios sobre América Latina en particular y de las ciencias sociales más en general.

BIBLIOGRAFÍA COMPLEMENTARIA

- Chalmers, Alan F., *¿Qué es esa cosa llamada ciencia?*, 24ª ed., México, Siglo XXI, 2001
- Follari, Roberto, *Teorías débiles (para una crítica de la deconstrucción y de los estudios culturales)*, Rosario, Homo Sapiens, 2002.
- García, Rolando, *El conocimiento en construcción de las formulaciones de Jean Piaget a la teoría de sistemas complejos*, Barcelona, Gedisa, 2000
- Hughes, John, y Wes Sharrocl, *La filosofía de la investigación social*, 2ª ed., México, FCE, 1999
- Morin, Edgar, *Introducción al pensamiento complejo*, Barcelona, Gedisa, 1998
- Osorio, Jaime, *Fundamentos del análisis social la realidad social y su conocimiento*, México, FCE, 2001
- Pérez Soto, Carlos, *Sobre un concepto histórico de ciencia de la epistemología actual a la dialéctica*, Santiago de Chile, Lom/Universidad Arcis, 1998
- Sokal, Alan, y Jean Bricmont, *Imposturas intelectuales*, Barcelona, Paidós, 1999
- Wallerstein, Immanuel, coord., *Abrir las ciencias sociales*, México, Siglo XXI, 1996.
- , *Impensar las ciencias sociales*, México, Siglo XXI, 1998.